

DEMETRIO AGUILERA MALTA

Una Cisura en el Cristal

(Capítulo de Novela)



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

UNA CISURA EN EL CRISTAL

A David le gustó el sitio. Era cordial, acogedor. A pesar de su amplitud, rebosaba de público.

Les dieron una mesa frente a la gran pista de baile. Pudo apreciar —en la penumbra— que la mayoría de las cabezas se habían vuelto hacia él y lo observaban.

En esos momentos anunciaban la variedad. El locutor, al advertir a los recién llegados, se interrumpió. Después, dijo, elevando la voz:

—Y ahora, señoras y señores, una noticia sensacional. Esta noche nos honra con su visita David Solares, nuestro gran muralista, héroe de varios combates en las Filipinas.

Intentó protestar. Hasta levantó las manos, murmurando:

—No, no, por favor.

No le dieron tiempo. El reflector lo enfocó, mientras estallaba una salva de aplausos. Tuvo que ponerse en pie. Se inclinó. Saludó. Los aplausos proseguían. En otro lugar y en otra ocasión esto lo hubiera molestado. Le disgustaba la publicidad. Prefería realizar a decir que realizaba. Sin embargo, en esa noche sentíase feliz con la cordialidad de la gente. Pasado el primer momento, se entregó totalmente al homenaje. Es que estaba en México, su querida ciudad. Y esto continuaba siendo una especie de saludo de ella. Después, se alejaría de todos. Se entregaría a la fiebre de hacer carne los sueños. . . .

Multitud de conocidos lo rodearon, para saludarlo.

Clara no le apartaba los ojos. Se le adivinaba la pasión. Parecía que lo demás no existiera para ella.

Pedro —como si hubiera penetrado en lo profundo de su alma— le preguntó, en voz baja:

—¿Lo quiere mucho?

No se asombró, ni tuvo la menor vacilación. Contestó sencillamente:

—Mucho.

El de cara de piedra se le acercó. La quedó mirando, estudiándola, ya que Clara no se había vuelto, al responderle. Tuvo que tocarle el brazo para verle los ojos.

—¿Me permite un consejo?

—Diga.

—Olvidelo.

Ella murmuró, con desesperación:

—Si fuera dueña de mi voluntad y de mi vida.

—Por lo mismo, olvidelo. Será mejor para usted.

—Es demasiado tarde.

—Nunca es demasiado tarde. Además. . . .

—¿Qué?

—Con ese hombre, hoy todo es inútil.

—Sí. Solo ama su arte.

—No es solo eso. Es que tiene el corazón muerto.

—¿Algún amor desventurado?

—Puede.

—¿Usted sabe algo?

—No mucho. Y aunque lo supiera. . .

—¿No me lo contaría?

—No. Es un secreto.

—Ah!

Levantó los ojos y miró al pintor. Una actitud maternal le anudó la garganta. "Pobrecito" —se dijo—. "Si yo pudiera calmarlo, si me convirtiera en fuente para su sed, bálsamo para su herida, palabra lustral para su congoja".

A David las canciones interpretadas por Gonzalo Curiel, con sus manos de mago, le hicieron añorar tiempos idos. Esto empezó a ponerlo tenso, a causarle vibraciones profundas en el alma. Pronto se le fueron desdibujando las personas que aún lo saludaban. Se dijo a sí mismo, como para salvarse: "No te dejes tomar por el pasado. Ahora es cuando tienes que realizar grandes cosas. Para eso has andado el mundo y has visto la muerte de cerca tantas veces. Además, ya conoces el valor de los motivos esenciales. Debes pintar la angustia de tu tiempo; tu esperanza en el destino del hombre, en la fuerza telúrica de tu raza. Tus murales tendrán la supervivencia de las cuevas de Altamira,

de los bajorrelieves asirios, de los frescos de Pompeya, de las monstruosas creaciones de Miguel Angel o de las serenas de Leonardo"

Dionisio no le separaba los ojos. De pronto, se volvió a Pedro y le tocó el brazo. Establecieron un diálogo, en voz muy baja.

—¿Advierte lo raro que está David?

—Está así desde que llegó.

—Desde mucho antes.

—¿Usted lo había notado?

—Sí. Desde que lo hirieron en la cabeza, en Filipinas.

—Nunca nadie me dijo nada. Ni usted.

—Creí que había mejorado.

—¿No ha mejorado?

—¡Quién sabe!

Clara se dió cuenta de la conversación, aunque no pudo escucharla, por lo débil del tono. Además, ocurría algo que captó su atención plenamente cuando se alejó el último de los que se acercaron a saludarlo, David empezó a cambiar como cuando vinieron en el automóvil. Poco a poco las pupilas se le agrandaron, las manos se le agitaron nerviosas. A veces, se le fruncían las cejas; a veces, reía; a veces, se pasaba la mano por la barba, con trémulos gestos. Finalmente, se sentó tomó una servilleta. La torció. Con ella empezó a tamborilear la mesa al compás de la música.

Pero pronto, se puso en pie otra vez. Extendió las manos hacia Clara. No le dijo una palabra. La hizo levantar. La atrajo hacia su cuerpo y empezó a bailar.

Sus amigos —en tanto— seguían conversando.

—Se trata de algo curioso, que a usted lo va a sorprender, Pedro. David Solares, normalmente, es el hombre más correcto y bueno que existe. Aún hoy, solo ciertos detalles podrían evidenciar que ha cambiado un poco.

—Qué me va a decir a mí que lo conozco hace años.

—En cambio, cuando se emociona, cuando experimenta algún choque brusco en su espíritu, se transforma, se convierte en un ser incontrolado, capaz de los actos más reprobables.

—¿Tanto así?

—Lo más extraño es que, en medio de sus peores arrebatos conserva una especie de actitud providencial, como si una ética implacable normara sus acciones.

—No entiendo bien, Dionisio. ¿Quisiera explicármelo mejor?

—Como usted sabe, no soy médico, ni tengo la menor afición por la medicina. No podría explicarle esto desde un punto de vista científico. En cambio, puedo contarle ciertos hechos.

—Es mejor, quizá.

Dionisio lo miró, como para darle íntegra la confidencia. Su acento se hizo evocador.

—Cuando salió curado de su herida, aparentemente insignificante, nadie advirtió lo que tenía en realidad. Era el mismo compañero valiente, decidido, siempre severo y correcto. Lleno del anhelo de creación, aún en los momentos más difíciles, se daba tiempo y oportunidad para trabajar. Muchas veces, nosotros seguíamos anhelantes el rasguear de su lápiz, tomando apuntes de la realidad que veía. Acaso estaba más nervioso que de ordinario. Por otra parte, ¿quién no lo estaba?

—Y entonces, ¿cómo se dieron cuenta?

—A eso voy. Una noche. . . .

—¿Había pasado mucho tiempo?

—Unas pocas semanas. . . . Como le iba diciendo, una noche mataron a un compañero nuestro, a un muchacho de Durango, poeta, a quien David quería mucho. Lo mataron a pocos pasos de nosotros. Pudimos escuchar sus últimos gritos, sus recomendaciones sobre su madre. Casi enseguida sonó un golpe seco. Finalmente una carcajada y, después, nada.

—¿Carcajada?

—Sí. De un japonés, de un oficial.

—¿Fue allí que David apareció distinto?

—Sí. Cuando menos lo pensamos, dió un salto, abandonándonos. En el momento en que quisimos detenerlo, resultó tarde.

—¿Fue él solo?

—Solo.

—¿No trataron de acompañarlo?

—Era una locura.

—¿Lo habían visto los enemigos?

—Sí. Y empezaron a dispararle. A la luz de los fogonazos lo vimos avanzar, demoníaco, como un ser sobrenatural. Pero pronto las sombras parecieron tragárselo.

—¿Lo hicieron prisionero?

—No. Ni lo pensamos siquiera. La fe que ese hombre tiene en su destino nos había contagiado desde hacía mucho tiempo. Sabíamos que regresaría.

—¿Demoró mucho tiempo?

—No mucho. Aunque a todos nosotros nos parecía que transcurrían horas interminables. De pronto, escuchamos pasos, estallidos de proyectiles cercanos y —a la luz de los fogonazos— un grupo que iba saliendo de las sombras.

—¿Era él?

—Sí él. Parecía haber crecido. Poco a poco su silueta se fue pre-

cisando, hasta recortarse nítida. Su rostro, con una expresión ultrahumana, fue saliendo de las sombras.

—¡Qué raro!

—Lo raro es que traía, cogido con su brazo izquierdo al muchacho de Durango y con su brazo derecho al oficial japonés.

—¿Vivos?

—El primero, muerto y el último, agonizante.

—¿Cómo pudo aprisionarlo?

—No lo supimos nunca. Apenas llegó entre nosotros, David arrojó al japonés en tierra. Se lanzó como una fiera sobre él, tratando de despedazarlo con cuanto podía. Su boca se fue crispando, crispando. Y, de improviso, empezó a lanzar unas carcajadas que sonaban como el estallido de colecciones de granadas.

—¿No trataron de calmarlo?

—Le hablamos. No nos hizo caso. Lo tomamos de un brazo, intentando apartarlo. Se volvió contra nosotros, dispuesto a golpearnos. En sus ojos había una total evasión del ambiente. No nos conocía. Hubo que darle un narcótico, a la fuerza. Cayó, rendido, agotado, como muerto.

—¿Y cuando volvió en sí?

—Nos miró, extrañado. Lo interrogamos, con cierto tino. No recordaba nada.

—¿Nada?

—Absolutamente nada. Como si hubiera sido otro y no él, quien actuara la noche anterior.

—¿Y esto le dió con frecuencia?

—Varias veces. Cuando tenía emociones muy fuertes, cuando la lucha lo enardecía.

—¿Y usted nunca habló con él respecto de ello?

—Pocas veces. Casi siempre me oía extrañado, sin comprender muy bien de qué se trataba. Una ocasión me miró fijamente y me dijo que sí, que había ratos en que tenía la sensación de que otro ser se le fuera adentrando en la existencia, hasta que su propio yo quedaba entre tinieblas. En general no le gustaba esta conversación. Por lo demás, nadie era tan valiente ni tan generoso como él. Y todos lo tomábamos tal como era. . . .

En tanto, Clara seguía el baile mecánicamente. Miraba a David, llena de ansiedad. Principiaba a darse cuenta de que algo muy raro le pasaba al muralista. En el avión no estuvo así en ningún momento. Pensó hablarle, hacerle preguntas. Se arrepintió. No. Mejor no turbar

su silencio. Quien sabe qué recuerdos le traía su vuelta a México. Si ella se interpusiese entre esos recuerdos, él terminaría por odiarla. Había que dominarse. Cerrar fuertemente los dientes. Y apretarse contra el pecho del hombre amado. Sentía fuerte el golpeteo de su corazón, el calor de su cuerpo, la dureza de sus músculos. Si pudiera estar así —aunque solo fuera así— pero siempre!

Y, sin embargo, se daba cuenta de que para él era lo mismo que si no llevase a nadie entre sus brazos. No la veía ni le platicaba. No se preocupaba, tampoco, del baile. Con un compás un tanto arbitrario, seguía a la orquesta, llevándola prácticamente arrastrada. La mirada se le había puesto vaga, imprecisa. Había empezado a cantar en voz alta. Pero su acento tenía un extraño tono belicoso, como si se tratara de una canción de guerra.

Se animó a preguntarle:

¿Qué tiene, David?

El no respondió, ni se dio por aludido.

Ella insistió, apretándole el brazo:

—Por favor, David. ¿Qué le ocurre?

El pareció reaccionar. Dejó de cantar. La miró, como a través de nubes. Fue solo un instante. Después, los ojos volvieron a ponerse lejanos.

Clara sintió temor. Pensó que debían buscar un médico. El estaba enfermo. No le cabía la menor duda. Seguramente las emociones de la llegada a México habían sido demasiado fuertes. Ella misma debía buscar un médico. ¿Y si él lo impedía? ¿Si él no permitía siquiera que se desapretara de su pecho, que se soltara de sus brazos? Entonces, para ganar unos minutos, debía pedir socorro. Pero ¿quién era ella para hacerlo? Se reirían todos. Quizá se haría un escándalo que lo perjudicaría. No obstante eso, no podía dejarlo así. Pasase lo que pasase, debía de gritar, pidiendo auxilio.

Iba a hacerlo, cuando un movimiento brusco de él, la detuvo en seco. Fue tan rápido que no tuvo tiempo de nada. La había separado de sí, con todas sus fuerzas, arrojándola contra una mesa. Con recio acopio de energía, no se dejó caer. Medio desvanecida —en un ambiente que empezó a detenerse, como proyectado en cámara lenta— pudo escuchar la voz tonante del muralista, que llenó todo el salón:

—¡Basta! ¡Basta!

(Capítulo de la novela inédita "México y Tú")